



tamoanchán

Lunes 30 de octubre del 2000 'UNA CRÓNICA DE HISTORIA REGIONAL', CENTRO INAH MORELOS

• Q.I. Alma Graciela de la Cruz

Miccaihuitontli (Pequeña fiesta de los muertos)

El Miccaihuitontli también llamada Tlaxochimaco (náhuatl: tla, pre-fijo; xóchitl, flor, ma (ca), dar; co pasivo: «son dadas las flores»), (se ofrecen flores), era el nombre del noveno mes del calendario nahua de 365 días (julio 12 a julio 31 inclusive). Las celebraciones de este mes eran en honor del dios solar y guerrero Huitzilopochtli, a quien se ofrecían las primeras flores del año, con las cuales adornaban su estatua, así como las casas de los dignatarios.

La noche anterior a la celebración todos se ocupaban en matar guajolotes y perros cebados para comer, así como en hacer tamales y otras comidas. En la madrugada adornaban con guirnaldas al dios y a las otras imágenes y después, todos daban y cantaban alrededor de un altar redondo: la danza de hombres y mujeres, era solemne y cadenciosa, solamente a los ancianos les era permitido tomar pulque por la noche.

Así lo describe Clavijero:

“Fabricaban antes los sacerdotes la estatua de aquel dios, de la altura regular de un hombre. Hacíanle las carnes de la masa tzoatlí, que era un grano del que solían hacer uso en sus comidas, y los huesos los hacían de madera de mezquite o acacia. Vestíanlo con ropas de algodón y con su manto de plumas. Le ponían sobre su cabeza un parasol de papel, adornado de plumas hermosas y sobre él un cuchillo de pedernal ensangrentado. En el pecho le fijaban una

plancha de oro. En el vestido se veían unas figurillas que representaban huesos y hombres descuartizados, con lo que significaban el poder de aquel dios

en las batallas o la terrible venganza que, según su mitología, tomó de los que conspiraron contra el honor y la vida de su madre, la Tierra. Colocaban la imagen en una litera dispuesta sobre cuatro sierpes de madera, que llevaban los cuatro oficiales más distinguidos del ejército, desde el sitio en que se había hecho la estatua hasta el altar. Muchos jóvenes formando círculos con unas flechas que agarraban, los unos por la punta y los otros por el mango, precedían la litera; llevando un gran pedazo de papel, en que probablemente trían representadas las acciones gloriosas del dios, las que ellos cantaban al mismo tiempo al son de instrumentos músicos.

Llegado el día de la fiesta, se hacía por la mañana un gran sacrificio de codornices, se echaban al pie del altar, después de cortarles las cabezas. El primero en sacrificar era el rey, después los sacerdotes y enseguida el pueblo.

De tan gran muchedumbre de aves, una parte se condimentaba para la mesa del rey, otra para los sacerdotes

y el resto se guardaba para otra ocasión. Todos los que asistían a la solemnidad, llevaban incensarios de barro y cierta cantidad de resina; para quemarla e incensar a su dios; y todas las brasas que servían en aquella ceremonia se ponían después en un caldero... Por esta circunstancia daban a la fiesta el nombre de «incensar a Huitzilopchtli».

Coatlicue



Esta escultura mide 2,4 m de altura y se conserva en el Museo nacional de Antropología de México. Representa a la diosa azteca Coatlicue, que aparece con un collar de corazones, manos y cráneos humanos de las víctimas ofrecidas a ella en sacrificio expiatorio.

Gianni Dagli Orti/Corbis



POR FAVOR PASE A LA PÁGINA 15

La celebración del día de los muertos

(Miquixtli)

I. Velázquez D.
 pLic. Estudios Latinoamericanos, Facultad
 de Filosofía y Letras, UNAM.
 Servicio Social en el área de Arqueología,
 al cargo de la Antropóloga Hortensia de
 Vega Nova. INAH, Morelos.

Los orígenes de la celebración del Día de los Muertos no son precisos, pero es sabido que el concepto de la muerte empezó con los Olmecas muy probablemente hace 3000 años, esto fue transmitido a otras culturas de centro de México como los Toltecas, así como los mayas. De esta manera, los testimonios de las antiguas culturas mesoamericanas, revelan que los nativos consideraban a la muerte como la promesa de una vida anegada en la esperanza.

Según el pensamiento náhuatl, el mundo se concebía en tres dimensiones: Topan; que se conformaba de trece capas celestes o supramundos, Tlactipan; la tierra de la cual disfrutamos, es decir, el plano en que vivimos y, Mictlan; el lugar a donde van los muertos el cual se componía de nueve inframundos. En ese mundo de «la noche eterna», reinaban Mictlantecutli: señor del ámbito de los muertos, y su esposa Mictecacihuatl: señora de los moradores del recinto de los muertos.

Al Mictlan iban todos los seres humanos igual que el propio Sol- cuando dejaban esta vida; pero como tal astro, ellos podían retornar a la tierra de la misma manera que la luz del día. Al símbolo de este mundo subterráneo se le conocía como Miquixtli: muerte, que era además el nombre del sexto día del calendario ritual mesoamericano. El culto a los muertos data desde de la época de los aztecas cuando se creía que al morir una persona tenía que atravesar un largo y penoso camino para llegar a Mictlan (el reino feliz de los muertos). El caminante tenía que viajar entre dos montañas que amenazaban con matarlo y ahí tenía que escapar de una serpiente y de un cocodrilo monstruosos; después de librarse de estas fieras, seguía su camino y cruzaba ocho desiertos y soportaba un viento helado que le arrojaba piedras y cuchillos de obsidiana. Cuando llega-

ba a un río ancho tenía que cruzar sobre el lomo de un perro rojo (Itzcuintle); pero este perro no debía tener manchas en la piel, porque las manchas indicaban que el perro ya había encaminado a otros muertos, por eso es que en algunos lugares se enterraba un perro junto al difunto. Ahora bien, los muertos iban a diferentes moradas según las circunstancias de su muerte. Cada una de estas moradas estaba conectada con dioses propios, y la manera en que mueren los distintos individuos se puede entender como el medio en que los dioses los incorporaban a su séquito. Los hombres que sufrían una muerte normal, de vejez o de enfermedades ordinarias; iban al Mictlan, una serie de inframundos dispuestos en nueve niveles y en el más bajo, residían los dioses del infierno de los muertos. El cadáver se cremaba y con los restos se preparaba un bulto que se enterraba en la casa del muerto. Junto enterraban varias ofrendas y objetos necesarios para que llegara a su destino en el inframundo. Este viaje al infierno duraba cuatro años, durante los cuales sus parientes enterraban nuevas ofrendas a los ochenta días de la muerte y, después, en cada aniversario. Llegados al infierno volvían una vez al año durante el mes dedicado a los difuntos, cuando los parientes subían a las azoteas de sus casas a dirigir las oraciones mirando hacia el norte. Los últimos tres días de este mes ayunaban los vivos por los muertos, y salían a jugar al campo.

Por otra parte, aquellos iban a la morada del dios de la lluvia: el Tlalocan, eran los que morían ahogados, o bien, los que eran muertos por un rayo. También iban ahí las víctimas sacrificadas a este tipo de deidades, los cuales no eran cremados como en el caso de los muertos que iban a Mictlan. El Tlalocan estaba situado en el primero de los cielos por encima de la superficie de la tierra, donde también estaba la luna. Con la llegada de los españoles Tlalocan fue comparado por los misioneros con el paraíso terrenal, que era como un jardín en donde abundaban las aguas y las flores.

Y fueron ellos quienes trajeron nuevas creencias con respecto a la vida y la muerte. La muerte les producía terror, pues en el juicio final los justos tendrían su recompensa... y los pecadores su castigo.

¿Y al fin y al cabo, quién no podría contarse como pecador?

Fueron ellos quienes inculcaron el concepto del Infierno. Los primeros evangelizadores, hacían representaciones de la expulsión de Adán y Eva del paraíso, en donde todos los indios lloraban y participaban en estos autos sacramentales. El terror los hacía convertirse al cristianismo cuando en un caldero ponían a hervir aceite, y sin misericordia arrojaban animales para que se consumieran en el «fuego eterno».

El color negro pertenece al luto dentro de las culturas europeas mientras que el vestido de la superficie terrestre durante el otoño es en tonos amarillos y anaranjados, tinte de las hojas secas y de la floración silvestre, el cual también es el color de la muerte en el mundo prehispánico. Zempoalxóchitl: en la época de la peregrinación de los aztecas, los indios al mando de Tenoch lloraban a sus muertos con tristeza. Así Tenoch pensó que los dioses debían de abandonar el lugar en donde descansaban sus muertos, de esta

manera invocó a Tonatiuh, el dios del Sol, y dijo: «Danos flores para adornar el lugar donde reposan los nuestros», y cuenta la leyenda que los campos aparecieron cubiertos con la flores de Cempazúchil, de color oro como los rayos del sol. Desde ese momento los aztecas fueron al campo y recogieron todas las flores que pudieron y las llevaron como señal de respeto y de cariño al lugar en que estaban los restos de los suyos.

También debemos a los españoles la cultura de la calavera como símbolo de la muerte.

Y desde el siglo XVI se ha tomado afición por el azúcar en México como en ningún otro país. En el siglo XIX apenas se popularizó el endulzante en Europa pues era un lujo consumirlo. En este sentido, la importancia que tuvo en nuestro país la producción azucarera durante la época colonial, y aún más en Morelos, donde se impulsó el producto en el mercado local.

Luego entonces, el pan y el azúcar son productos que provienen de Europa y que la forma antropomórfica de las figuras es un invento colonial, una fusión de dos culturas. Así, el festejo del día de muertos como tal, data del siglo XVII, de acuerdo a investigaciones que se han realizado en documentos que provienen de Cataluña, ahí se habla por primera vez del ofrecimiento del pan de muerto y con el tiempo de la fabricación de las famosas calaveras hechas a base de azúcar.

Ahora bien, en este recorrido de nuestras tradiciones a través de los siglos, a los mexicanos de finales del siglo XX nos han heredado una de las fiestas que más llaman la atención entre todas las culturas del mundo y una de las más importantes para nosotros. Hoy sabemos que para un altar son importantes diez elementos en la ofrenda: 1) velas, 2) agua, 3) sal, 4) flores, 5) el petate, 6) los artefactos; como juguetes, o bien, artículos del trabajo, 7) pan y dulces de muerto, 8) comida preparada, 9) frutas y 10) gritar fuertemente el nombre o los nombres de los muertos que esperamos en casa. Estos elementos deben estar desde el 31 de octubre cuando las almas de los niños es dicho que vienen. El 1 de noviembre se van, y las almas de los adultos vienen y se quedan con nosotros hasta el día 2.

Así, el día de muertos fue celebrado originalmente por los mexicas quienes creían que los espíritus de los muertos se levantan y encuentran a sus seres queridos en esta fecha. Sin embargo, los muertos se van y se nos queda nuestra muerte. Celebramos con alegría una fiesta que en el fondo nos da miedo. Tratamos de agradar a la Muerte desde ahora y hasta nos portamos bien cuando nos invade la nostalgia de saber que algún día seremos nosotros quienes vengamos del más allá a visitar a quienes desde ahora viven su propia muerte. A lo largo del tiempo la hemos imaginado, la hemos sexuado, disfrazado y hasta nos hemos esforzado por darle formas y así, acercarnos más a ella, y comprendernos mejor a nosotros mismos. Lo que hoy he descubierto, es que en todo este tiempo en la historia del hombre, no hemos logrado ni siquiera tener una intuición de lo que ella es...

De cualquier manera, llegara un día en el que finalmente la veré cara a cara, y entonces sabré la respuesta de la vida... Lo único que voy a lamentar ese día, es que ya no estaré aquí, para contarle. Conferencia en el Municipio de Jiutepec, celebración del día de muertos 1998.

Bibliografía

- El Colegio de México, 1987
 Historia general de México.
 Harla
 Henríquez Ureña P. 1973
 Historia de la cultura en la América Hispánica.
 Fondo de Cultura Económica.
 Iroing A. Leonard. 1996.
 La época barroca en el México colonial.
 Fondo de Cultura Económica.

Death

When you do not have dreams
 You have gotten a nightmare...
 We must dream

to be alive.

Mutación

Veneno corre por las venas de mi alma.
 El embrujo de mis ojos amarga el corazón completo.
 Sordo de verdades miento con mi boca
 Las viseras han devorado mi conciencia,
 y la piel, finalmente,
 ha perdido toda sensación de fe...

estoy muriendo.

5/10/00, 14:10p.m.

I. Velázquez D.
 pLic. Estudios Latinoamericanos, Facultad de
 Filosofía y Letras, UNAM.
 Servicio Social en el área de Arqueología, al
 cargo de la Antropóloga Hortensia de Vega Nova.
 INAH, Morelos.

Un custodio ejemplar

• Pedro Onésimo Núñez Ramírez

Durante el tiempo que llevo laborando en el Centro INAH Morelos, he tenido la oportunidad de conocer a muchos compañeros de trabajo, no sólo en el área en donde yo me desempeño, sino en todas las demás áreas con las que cuenta este centro:

Antropólogos, biólogos, museógrafos, bibliotecarios, restauradores, etcétera. así como representantes sindicales y custodios, tanto de los museos como de las zonas arqueológicas.

Con muchos de ellos he tenido la oportunidad de realizar trabajos y compartir experiencias, pero hay un compañero, entre todos ellos, al que admiro mucho por su comportamiento y disciplina en el desempeño de sus labores de custodia.

Se trata del compañero Adrián Venosa Estrada, quien se encuentra prestando sus servicios como custodio en el Museo Cuauhnáhuac en donde ha

permanecido desde su ingreso que dará del primero de octubre de 1971. Procedente de Apaxtla, Gro.

Me permito hablar de este compañero como un reconocimiento a su labor como trabajador en el Centro INAH Morelos.

Quiero mencionar que los trabajadores del INAH contamos con un reglamento interno que rige nuestras actividades, pero que no todos conocemos y mucho menos respetamos.

Este reglamento nos habla, entre otras cosas del respeto que les debemos a nuestros compañeros, del buen servicio que estamos obligados a proporcionar al público, con amabilidad y eficiencia, de la pulcritud en nuestra presentación personal y el uso del uniforme que se nos proporciona, etcétera.

Debo de decir que llevo 32 años trabajando para el INAH así es que conozco muy bien a este

compañero y nunca lo he visto involucrado en ningún problema con los compañeros, siempre asistiendo a las asambleas sindicales, y cumpliendo con responsabilidad sus muchas obligaciones.

Actualmente se encuentra custodiando las salas 4, 5 y 6 de la planta baja del Museo Cuauhnáhuac que son:

La sala del aro del juego de pelota, la Sala Xochicalco y la Sala de Pinturas Rupestres, respectivamente.

Otra de las cualidades que lo distinguen es que, mientras que otros compañeros parecen avergonzarse de usar el uniforme, él lo porta con un gran orgullo, usando el uniforme completo, inclusive con el kepi y el silbato como puede apreciarse en la foto.

Me informaron que últimamente se encuentra mal de salud, le deseo de todo corazón que se recupere pronto.

Miccailhuitontliltnotiudliocim

Piedra del Sol



Este inmenso monolito se conserva en la Sala Mexica del Museo Nacional de Antropología de la Ciudad de México desde el 27 de junio de 1964. Para transportarlo desde el zócalo se emplearon 30 días y una enorme plataforma. En su superficie está tallado el compendio de los conocimientos astronómicos y cosmogónicos de la civilización mexicana.

Archivo Fotográfico Oronoz

(Pequeña fiesta de los muertos)

Seguía inmediatamente el baile de las doncellas y de los sacerdotes. Las doncellas se teñían el rostro y llevaban plumas encarnadas en los brazos; en la cabeza guirnaldas de granos de maíz tostado y en las manos unas cañas con banderolas de algodón y papel. Los sacerdotes se teñían el rostro de negro; se ponían en la frente unas ruedas de papel y se untaban con miel los labios. Cubriánse las partes obscenas con papel y cada uno llevaba un cetro que terminaba en una flor y en globo de plumas. Sobre el borde del hogar del fuego sagrado, bailaban dos hombres cargados con una jaula de pino. Durante el baile, los sacerdotes tocaban de cuando en cuando el suelo con los cetros, en actitud de apoyarse en ellos. Todas estas ceremonias tenían su particular significación y el baile, por causa de la fiesta en que se hacía, se llamaba Toxcachochola. En otro Toxcachochola sitio separado bailaban los cortesanos y los militares. Los instrumentos musicales, que en los otros bailes ocupaban el centro, en aquél estaban afuera; de modo que se oyese el son, sin ver a los que lo hacían... En esa misma fiesta hacían los sacerdotes una pequeña incisión en el pecho y en el vientre de todos los niños nacidos un año antes. Este era el carácter o distintivo con que la nación mexicana se reconocía especialmente consagrada al culto de su dios protector...".

Bibliografía

Enciclopedia de México

Tomo IV, MCMLXXVII

Enciclopedia Microsoft Encarta 2000.

Cuernavaca, Mor., Octubre 27 de 2000

La celebración del día de los muertos

(Miquixtli)

I. Velázquez D.

pLic. Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM. Servicio Social en el área de Arqueología, al cargo de la Antropóloga Hortensia de Vega Nova. INAH, Morelos.

Los orígenes de la celebración del Día de los Muertos no son precisos, pero es sabido que el concepto de la muerte empezó con los Olmecas muy probablemente hace 3000 años, esto fue transmitido a otras culturas de centro de México como los Toltecas, así como los mayas. De esta manera, los testimonios de las antiguas culturas mesoamericanas, revelan que los nativos consideraban a la muerte como la promesa de una vida anegada en la esperanza.

Según el pensamiento náhuatl, el mundo se concebía en tres dimensiones: Topan; que se conformaba de trece capas celestes o supramundos, Tlactipan; la tierra de la cual disfrutamos, es decir, el plano en que vivimos y, Mictlan; el lugar a donde van los muertos el cual se componía de nueve inframundos. En ese mundo de «la noche eterna», reinaban Mictlantecutli: señor del ámbito de los muertos, y su esposa Mictecacihuatl: señora de los moradores del recinto de los muertos.

Al Mictlan iban todos los seres humanos igual que el propio Sol- cuando dejaban esta vida; pero como tal astro, ellos podían retornar a la tierra de la misma manera que la luz del día. Al símbolo de este mundo subterráneo se le conocía como Miquixtli: muerte, que era además el nombre del sexto día del calendario ritual mesoamericano. El culto a los muertos data desde de la época de los aztecas cuando se creía que al morir una persona tenía que atravesar un largo y penoso camino para llegar a Mictlan (el reino feliz de los muertos). El caminante tenía que viajar entre dos montañas que amenazaban con matarlo y ahí tenía que escapar de una serpiente y de un cocodrilo monstruosos; después de librarse de estas fieras, seguía su camino y cruzaba ocho desiertos y soportaba un viento helado que le arrojaba piedras y cuchillos de obsidiana. Cuando llega-

ba a un río ancho tenía que cruzar sobre el lomo de un perro rojo (Itzcuintle); pero este perro no debía tener manchas en la piel, porque las manchas indicaban que el perro ya había encaminado a otros muertos, por eso es que en algunos lugares se enterraba un perro junto al difunto. Ahora bien, los muertos iban a diferentes moradas según las circunstancias de su muerte. Cada una de estas moradas estaba conectada con dioses propios, y la manera en que mueren los distintos individuos se puede entender como el medio en que los dioses los incorporaban a su séquito. Los hombres que sufrían una muerte normal, de vejez o de enfermedades ordinarias; iban al Mictlan, una serie de inframundos dispuestos en nueve niveles y en el más bajo, residían los dioses del infierno de los muertos. El cadáver se cremaba y con los restos se preparaba un bulto que se enterraba en la casa del muerto. Junto enterraban varias ofrendas y objetos necesarios para que llegara a su destino en el inframundo. Este viaje al infierno duraba cuatro años, durante los cuales sus parientes enterraban nuevas ofrendas a los ochenta días de la muerte y, después, en cada aniversario. Llegados al infierno volvían una vez al año durante el mes dedicado a los difuntos, cuando los parientes subían a las azoteas de sus casas a dirigir las oraciones mirando hacia el norte. Los últimos tres días de este mes ayunaban los vivos por los muertos, y salían a jugar al campo.

Por otra parte, aquellos iban a la morada del dios de la lluvia: el Tlalocan, eran los que morían ahogados, o bien, los que eran muertos por un rayo. También iban ahí las víctimas sacrificadas a este tipo de deidades, los cuales no eran cremados como en el caso de los muertos que iban a Mictlan. El Tlalocan estaba situado en el primero de los cielos por encima de la superficie de la tierra, donde también estaba la luna. Con la llegada de los españoles Tlalocan fue comparado por los misioneros con el paraíso terrenal, que era como un jardín en donde abundaban las aguas y las flores.

Y fueron ellos quienes trajeron nuevas creencias con respecto a la vida y la muerte. La muerte les producía terror, pues en el juicio final los justos tendrían su recompensa... y los pecadores su castigo.

¿Y al fin y al cabo, quién no podría contarse como pecador?

Fueron ellos quienes inculcaron el concepto del Infierno. Los primeros evangelizadores hacían representaciones de la expulsión de Adán y Eva del paraíso, en donde todos los indios lloraban y participaban en estos autos sacramentales. El terror los hacía convertirse al cristianismo cuando en un caldero ponían a hervir aceite, y sin misericordia arrojaban animales para que se consumieran en el «fuego eterno».

El color negro pertenece al luto dentro de las culturas europeas mientras que el vestido de la superficie terrestre durante el otoño es en tonos amarillos y anaranjados, tinte de las hojas secas y de la floración silvestre, el cual también es el color de la muerte en el mundo prehispánico. Zempoalxóchitl: en la época de la peregrinación de los aztecas, los indios al mando de Tenoch lloraban a sus muertos con tristeza. Así Tenoch pensó que los dioses debían de abandonar el lugar en donde descansaban sus muertos, de esta

manera invocó a Tonatiuh, el dios del Sol, y dijo: «Danos flores para adornar el lugar donde reposan los nuestros», y cuenta la leyenda que los campos aparecieron cubiertos con la flores de Cempazúchil, de color oro como los rayos del sol. Desde ese momento los aztecas fueron al campo y recogieron todas las flores que pudieron y las llevaron como señal de respeto y de cariño al lugar en que estaban los restos de los suyos.

También debemos a los españoles la cultura de la calavera como símbolo de la muerte.

Y desde el siglo XVI se ha tomado afición por el azúcar en México como en ningún otro país. En el siglo XIX apenas se popularizó el endulzante en Europa pues era un lujo consumirlo. En este sentido, la importancia que tuvo en nuestro país la producción azucarera durante la época colonial, y aún más en Morelos, donde se impulsó el producto en el mercado local.

Luego entonces, el pan y el azúcar son productos que provienen de Europa y que la forma antropomórfica de las figuras es un invento colonial, una fusión de dos culturas. Así, el festejo del día de muertos como tal, data del siglo XVII, de acuerdo a investigaciones que se han realizado en documentos que provienen de Cataluña, ahí se habla por primera vez del ofrecimiento del pan de muerto y con el tiempo de la fabricación de las famosas calaveras hechas a base de azúcar.

Ahora bien, en este recorrido de nuestras tradiciones a través de los siglos, a los mexicanos de finales del siglo XX nos han heredado una de las fiestas que más llaman la atención entre todas las culturas del mundo y una de las más importantes para nosotros. Hoy sabemos que para un altar son importantes diez elementos en la ofrenda: 1) velas, 2) agua, 3) sal, 4) flores, 5) el petate, 6) los artefactos; como juguetes, o bien, artículos del trabajo, 7) pan y dulces de muerto, 8) comida preparada, 9) frutas y 10) gritar fuertemente el nombre o los nombres de los muertos que esperamos en casa. Estos elementos deben estar desde el 31 de octubre cuando las almas de los niños es dicho que vienen. El 1 de noviembre se van, y las almas de los adultos vienen y se quedan con nosotros hasta el día 2.

Así, el día de muertos fue celebrado originalmente por los mexicas quienes creían que los espíritus de los muertos se levantan y encuentran a sus seres queridos en esta fecha. Sin embargo, los muertos se van y se nos queda nuestra muerte. Celebramos con alegría una fiesta que en el fondo nos da miedo. Tratamos de agradar a la Muerte desde ahora y hasta nos portamos bien cuando nos invade la nostalgia de saber que algún día seremos nosotros quienes vengamos del más allá a visitar a quienes desde ahora viven su propia muerte. A lo largo del tiempo la hemos imaginado, la hemos sexuado, disfrazado y hasta nos hemos esforzado por darle formas y así, acercarnos más a ella, y comprendernos mejor a nosotros mismos. Lo que hoy he descubierto, es que en todo este tiempo en la historia del hombre, no hemos logrado ni siquiera tener una intuición de lo que ella es...

De cualquier manera, llegara un día en el que finalmente la veré cara a cara, y entonces sabré la respuesta de la vida... Lo único que voy a lamentar ese día, es que ya no estaré aquí, para contarle. Conferencia en el Municipio de Jiutepec, celebración del día de muertos 1998.

Bibliografía

- El Colegio de México, 1987
- Historia general de México.
- Harla
- Henríquez Ureña P. 1973
- Historia de la cultura en la América Hispánica.
- Fondo de Cultura Económica.
- Iroing A. Leonard. 1996.
- La época barroca en el México colonial.
- Fondo de Cultura Económica.

Death

When you do not have dreams
You have gotten a nightmare...
We must dream

to be alive.

Mutación

Veneno corre por las venas de mi alma.
El embrujo de mis ojos amarga el corazón completo.
Sordo de verdades miento con mi boca
Las viseras han devorado mi conciencia,
y la piel, finalmente,
ha perdido toda sensación de fe...

estoy muriendo.

5/10/00, 14:10p.m.

I. Velázquez D.

pLic. Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM. Servicio Social en el área de Arqueología, al cargo de la Antropóloga Hortensia de Vega Nova. INAH, Morelos.